

## Los restos de los héroes

Salvador Rueda

Lilia Rivero Weber y José Antonio Pompa y Padilla (coords.), *Los restos de los héroes en el Monumento a la Independencia*, 2 vols., México, Conaculta-INAH/INEHRM, 2012.

La madeja de la confusión comenzó a enhebrar sus complicaciones en septiembre de 1823, cuando llegaban a la capital del independiente México los restos mortales de los iniciadores de la guerra insurgente. Vuelta y enredo doblaron la verdad década tras década, con el giro generacional. Al finalizar el siglo, el nudo de la madeja era ya la de un desagradable problema político. Para entonces, sesenta y dos años después, ya no importaba saber el origen del amarre de datos confusos y de incertidumbres esencialmente bien intencionadas, cubiertas por la voluntad de cumplir con las palabras casi sagradas de un decreto que afianzaba la necesidad de historia y héroes propiamente mexicanos. No importaba saber que el nudo era la cifra de olvidos y descuidos, sino culpar a alguien —si

era político antipático, mucho mejor—para hacerlo responsable del sacrilegio. Se trataba del resguardo de las preciadas reliquias de los héroes; por encima del hombro se miraba al opositor, quien seguramente no había sabido dar su lugar a los huesos de los santos laicos.

Hubo momento en que, al tratar de resolverlo razonadamente, el nudo dio una vuelta más. Su terrible apretón, escondite de la verdad, comenzó el 6 de enero de 1895, al tiempo que nacía la revista dominical ilustrada que llevaría el nombre de *El Mundo*. *Semanario Ilustrado*. En su primera página, con una gran fotografía del interior de la Catedral de México, el semanario abría con una efeméride. Al hacer una reseña sobre el Altar de los Reyes con motivo de la Epifanía, el reportero de *El Mundo* describía la historia legendaria de los Reyes Magos y la belleza churrigueresca del altar. De paso, hacía notar el deplorable estado en el que se encontraba ahí, en la Catedral, la cripta en la que se guardaban los restos de Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez, Mina, Morelos y algunos de los insurgentes declarados héroes en 1823, “cada uno de los cuales tiene las respectivas iniciales para distinguirlos”. In-

quietó una pequeña observación al final de la página 1: “En el fondo del ataúd hay otros restos, todos en la imposibilidad de ser siquiera tocados porque están deshaciéndose”.

*El Mundo* se ensañó. En su número del 4 de agosto de 1895 informó que se tomaron algunas medidas para resguardar con alguna dignidad los restos de los héroes de la Independencia. Se trató de una convocatoria eficaz: “Una visita que varias personas —entre ellas algunos periodistas— hicieron a las criptas húmedas y sombrías de Catedral, [...] lograron despertar el recuerdo de que esas reliquias merecían”. Luego de reseñar brevemente la llegada de los restos de los insurgentes en 1823, señala que no hubo cuidado en mantener las identidades personales de cada uno: “se reunieron en completa confusión”, afirmó; en aquel entonces “con extraordinaria pompa fueron trasladados [...] a la iglesia de Santo Domingo, donde según se dice, al pretender separarlos el Jefe Político, los mezcló más de lo que estaban, a juzgar por el hecho de haberse encontrado entre los que se suponían de Mina, algunos de D. Pedro Moreno, que fue notable por su estatura gigantesca”.<sup>1</sup>

\*Director del Museo Nacional de Historia, INAH.

<sup>1</sup> *El Mundo*, agosto 4 de 1895, p. 8.

De hecho, una etiqueta con una letra fue el único elemento de identidad y registro, confuso en sí mismo si atendemos, por ejemplo, que con la “M” debieron estar los cráneos de Morelos, Matamoros y Mina.

Los lectores debieron leer con disgusto el testimonio de las gestiones en Catedral:

Extraídos de la cripta [...] fueron transportados al patio llamado “de los coloraditos”, anexo a la Catedral, y colocados sobre una tosca tabla. Dos médicos y algunas otras personas procedieron entonces a limpiarlos, operación que ejecutaron sin ningún respeto, y tan burdamente, que, según se dice, rompieron entre sus manos, al lavarlos con estropajo y jabón común, algunos de aquellos fragmentos preciosos del cuerpo de nuestros libertadores.<sup>2</sup>

Sin duda, fue la ignorancia de varias generaciones de custodios la que atentó contra las reliquias. Y es que el llamado de atención del periodista de *El Mundo Ilustrado* en 1895 no era original: cuando menos media docena de veces antes se había buscado la intervención gubernamental hacia el pobre estado de conservación de la tumba de los insurgentes considerados fundadores de la nacionalidad moderna mexicana. Pero sí fue entonces, quizás, la primera vez en que la presión mediática movió a asociaciones civiles y finalmente al gobierno federal y al Ayuntamiento de la capital. Cuando menos efímeramente.

Tampoco fue este 1895, con la burda limpieza en el patio, el momento de la confusión de los huesos de los héroes independentistas, declaración que repitió en 1910, 1913,

1919, 1925... De hecho, ese que reseñó *El Mundo Ilustrado* es un capítulo publicitado pero apenas relevante. Saber en sus detalles la historia y destino de las reliquias de los héroes de la Independencia, y ofrecer los elementos para esclarecer dudas sobre procederes es el objetivo de este libro en dos tomos sobre *Los restos de los héroes en el Monumento de la Independencia*, con el sello editorial compartido del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

El propósito del libro se explica en la nota al lector al comienzo del primer tomo, de la autoría de la historiadora Carmen Saucedo. Se trata de describir el traslado —y, se puede añadir, trasiego— de los restos humanos considerados beneméritos en grado heroico desde la promulgación del decreto del 19 de julio de 1823, su larga estancia en la Catedral Metropolitana y su cambio, en los prolegómenos del conflicto entre la Iglesia y el Estado mexicano en 1925, a la Columna de la Independencia, así como la extracción para su intervención especializada en conservación y homenaje en 2010.

En esta historia desfilan, equivocaciones, robos, confusiones, atenciones y descuidos; mala fe y buenas voluntades; dudas y afirmaciones contundentes por decreto; secretos, conjeturas y asombros. Pero también se abre al lector en torno a la búsqueda de la verdad para cimentar el conocimiento de la historia al servicio del civismo, de la ciencia en la procuración de respuestas y de las tecnologías que fortalecen la preservación patrimonial. Es

un libro que trata de la relación entre la memoria y los objetos cargados de símbolos de identidad patriótica. Es, propiamente, un libro que refleja la importancia que los mexicanos damos a aquello que se carga de valores históricos nacionalistas. Asunto que, por mucho que se voltee la mirada hacia temas más aceptablemente académicos, resulta maravilloso y fascinante. Es una pasión. No por querer desvelar secretos de dudosas identidades óseas o por desnudar supersticiones o engaños, sino porque señala uno de los arquetipos humanos que ni el racionalismo ni el materialismo han podido desechar en sus casi tres siglos de dominio sobre la cultura occidental. Me refiero a la atracción por los muertos y a los rituales fúnebres, cobijados por infinidad de ideas que disfrazan con lenguajes religiosos y filosóficos el esencial temor al olvido y a la pérdida.

De entrada, hay que avisar que este libro no es polémico sino que nutre con información exacta la discusión sobre los perfiles de lo que hemos querido ver y valorar de los héroes de la Independencia. Este libro es una herramienta de análisis. Y lo es en el sentido filológico más antiguo: la palabra “análisis” fue usada por primera vez en la *Odisea* y significa “desatar”, soltar el nudo; al deshacer el nudo, *Odiseo* regresó a la realidad después de escuchar el canto de las sirenas. Los pasos que llevaron a reconocer y hacer homenaje a los héroes de la insurgencia fueron, desde siempre, tortuosos; fue el triunfo liberal el que envió a los antihéroes y a los villanos al limbo del patriotismo. Pero fueron todos los credos políticos los que descuidaron y confun-

<sup>2</sup> *Ibidem*.

dieron sus reliquias. El nudo que desde la consumación de la Independencia amarró a ciertos huesos con las biografías de los rebeldes que lucharon contra las fuerzas realistas entre 1810 y 1821 tuvo inercias aceptadas hace un siglo por la fuerza del discurso nacionalista que estructuró las Fiestas del Centenario; no cambió en el transcurso del siglo XX. De hecho, con frecuencia se enrareció. De esto da cuenta documentada y pormenorizada el relato historiográfico del primer tomo, de la historiadora Carmen Saucedo.

El recuento es tan minucioso como dramático. Una decisión política en la temprana vida independiente dio origen a lealtad y veneración a los considerados héroes primigenios de la nueva nación. De hecho, aun antes de construir las reliquias de los hombres y mujeres que murieron en la guerra, se declaró benemérito en grado heroico a Nicolás Bravo —quien moriría treinta años más tarde— y poco después a los todavía activos Guadalupe Victoria y a Vicente Guerrero. Muertos y vivos fueron reconocidos —al tiempo que, vale acotar, cambiaban los signos de protagonismo histórico de Hernán Cortés y de Agustín de Iturbide.

A diferencia de los valores sacros que contenían las reliquias de los santos, valores que eran parte de la conducta cotidiana popular en aquel entonces, los restos de los héroes insurgentes no contenían ningún poder taumaturgo ni eran línea directa de comunicación con el mundo celestial. Pero sí, como los otros, celebraban el poder político y la idea providencial de la historia. El primer paso político se ligaba con las costumbres funerarias vigentes y con las mentalidades del catoli-

cismo tridentino. “De manera casi natural, escribe Carmen Saucedo, el lenguaje empleado y los rituales del nuevo estado se construyeron sobre un andamiaje con el cual todos estaban familiarizados”. Herencia del pasado remoto, este comportamiento valorativo de las reliquias se conjuga siempre en presente. Ya Peter Manseau, en su libro *Huesos y restos prodigiosos* escribió que la planetariamente generalizada práctica de preservar partes de los muertos como reliquias tiene como denominador común el ser “la transformación de una vida en un objeto”, es decir, de convertir objetos inertes “en algo útil para toda una comunidad” (p. 29).

Pero en este caso había que cumplir ciertos requisitos. Los nuevos mártires habían sido perseguidos como hombres fuera de la ley por muchos de los que ahora los consagraban. Uno de los primeros pasos, por supuesto, era la limpieza de la imagen de los recientemente convertidos en símbolos venerados: había que hacer a un lado la idea de que eran perturbadores del orden público, herejes contumaces, seductores del pueblo o insignes fascinerosos —palabras que eran parte del vocabulario jurídico de la recientemente desaparecida Inquisición. “Por ello debía procederse a un desagravio, ya que habían sido condenados como criminales y su memoria había sido denostada”, explicó Saucedo. Así, el artículo 14 del decreto del 19 de julio de 1823 ordenó “el desagravio de las cenizas de los héroes” Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo, José María Morelos, Mariano Matamoros, Leonardo Bravo, Miguel Bravo, Hermenegil-

do Galeana, Mariano Jiménez, Xavier Mina, Pedro Moreno y Víctor Rosales. La primera vuelta del nudo que da forma a esta historia comenzó a estrecharse: no se encontraron los restos de Miguel y Leonardo Bravo, ni de Hermenegildo Galeana; tampoco los de Juan Aldama, revueltos ya con los de otros difuntos en el cementerio de Chihuahua al decir del encargado de exhumarlos en 1823. En los siguientes cien años se agregaron los restos de aquellos que no murieron después de la década independentista: Vicente Guerrero, Leona Vicario, Andrés Quintana Roo, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

En 1836, con motivo de las exequias en la Catedral de México del presidente Miguel Barragán, el segundo nudo de la confusión apretó. Saucedo cita a Carlos María de Bustamante, quien en su *Diario* escribió:

[...] cuando se abrió esta bóveda y entraron en ella un enjambre de léperos, se robaron todos los huesos tomándolos como reliquias, y entre ellos la calavera de O'Donjú. ¡Desgraciados primeros héroes de nuestra revolución, que después de haber sido fusilados por nuestra independencia, puede decirse de ellos que no ha quedado ni pelo ni hueso! ¡Tanta ha sido su desventura!

Sin embargo, otras fuentes señalan que Bustamante exageró. Desaparecieron algunos huesos y ornamentos, pero lo grave era su estado de conservación, pues las cajas donde se depositaron 13 años atrás estaban podridas por la humedad de la bóveda donde descan-

saban. Fue entonces cuando se “notó que el tiempo, la humedad y la mucha agua de que estaba circundada la bóveda, había hecho una confusión de los restos de los héroes, incapaces de distinguirse por individuos y por eso se guardaron todos juntos [...]”.

A partir de entonces, reiteradamente, masones, periodistas, eruditos, sociedades mutualistas, científicas y literarias se quejaron ante las autoridades del estado de deplorable conservación de la cripta, de las urnas y de los huesos. Fue en 1895, ya lo vimos, cuando luego de lavar, asolear y reacomodar los huesos, se guardaron en urnas nuevas y se conjeturó su identificación. Quedaron así separados los cráneos de los huesos largos, las costillas y las vértebras, huesos iliacos y mandíbulas así como el polvo óseo en tres diferentes urnas y cajas.

Estos huesos, en fin, se coleccionaron para cargarlos de fervores cívicos y de símbolos políticos. Nada extraño en una nación que buscaba armar su propia historia y arraigarse en el contexto de la geopolítica internacional. Así se demostró, si seguimos la crónica de Carmen Saucedo, por ejemplo en 1850, cuando se les expuso públicamente “tal y como se hacía con las reliquias de los mártires y de los santos [...] El gobierno trató de excitar el espíritu público, para remediar los males que aquejaban al país mediante el fervor patriótico motivado por la vista de las reliquias patrias”. Y exactamente por su opuesto laico, poco antes del estallido de la guerra cristera, el presidente Plutarco Elías Calles decidió trasladarlas de la Catedral al Monumento a

la Independencia: los nuevos fervores oficiales se practicaban fuera de los espacios eclesiásticos, no para solicitar a la divinidad sus favores sino para ejemplo cívico de biografías heroicas.

Entonces, además, cambió la jurisdicción sobre los restos. Una generación más atrás, en 1873, ya con la separación de los asuntos políticos de los religiosos, el presidente Lerdo de Tejada decretó los protocolos de homenaje a Miguel Hidalgo en las fechas de su nacimiento y muerte, lo que llevó a funcionarios, periodistas, maestros y escolares a tener la ceremonia en la Catedral: escribió Saucedo que en esta extraña y problemática convivencia en el mismo espacio eclesiástico-religioso se extendían, a manera de invasión, las necesidades cívico-políticas. Durante las Fiestas Conmemorativas del Centenario de la Independencia en 1910 el homenaje a las reliquias ocuparon un lugar destacado en el programa: la procesión cívica del 14 de septiembre y el homenaje de cierre el 6 de octubre, en Palacio Nacional, convertido en “sagrario provisional de los restos de los héroes”, evento que en realidad no se llevó a cabo previsiblemente “a causa del mal tiempo”, por lo que los restos nunca salieron de Catedral.

El nudo continuó en su imparable enredo: en 1911 y 1913 nuevamente se hizo notar el descuido en torno a los huesos de los héroes. Polvo, telarañas, deterioro de la cripta, desaseo, desolación, ruina y abandono fueron las palabras que justificaban la intervención oficial. También fue entonces cuando se inventó el “descubrimiento” de

los restos de Mariano Matamoros, que resultó en impostura, pero cuya torpeza no movió hilos oficiales. El historiador y antropólogo Nicolás León explicó que la cripta era “un verdadero muladar”, y que “habían sacado los restos de un esqueleto humano que, confundido con desechos de materiales de construcción, palos podridos y basura, se encontraron dentro de una rota y desvencijada caja de madera”, que se señalaron como “los pretendidos restos del general insurgente don Mariano Matamoros”. El “descubrimiento” fue criticado y desmentido en 1919 por Jesús Galindo y Villa, sin respuesta oficial. De hecho, terminada la Revolución, el homenaje oficial al conjunto de los restos de los héroes tomó un rumbo obligatorio, canónico. Escribió Carmen Saucedo que el

[...] Estado surgido de la Revolución reiteró estas ceremonias para legitimar su existencia. Por ello, la consolidación de sus rituales dio origen, paralelamente a una historiografía nacionalista que consagró, en grado de incuestionables, los hechos, virtudes y vidas de los héroes. Lo mismo ocurrió con sus restos. Tratar de llevar a cabo un examen de ellos era impensable, pues se hicieron intocables. Parecía que poner en duda su autenticidad hubiera supuesto cuestionar el fundamento del propio Estado.

Ello, puedo agregar, no sólo en relación con los restos de los héroes de la Independencia; baste tan sólo recordar los trasiegos académicos en torno a los restos supuestos de Cuauhtémoc en 1949, 1963 y 1976.

Los nombres propios, en fin, se convirtieron no en identidades exactas, sino en signos arbitrarios que huesos oscuros cargaban inapelablemente.

El segundo tomo fue coordinado por Lilia Rivero y José Antonio Pompa, y da cuenta de los trabajos de los especialistas del INAH en sus afanes de laboratorio. Está dedicado a explicar los pasos seguidos por las técnicas de la conservación de los bienes tangibles y por la ciencia de la antropología física sobre los restos de los héroes depositados en la columna de la Independencia. Urnas, telas, documentos y huesos fueron tratados con rigor y cuidado para su preservación. Pero, me parece deducir de la lectura de este segundo tomo, también se trabajó para poner orden en lo que el descuido, el tiempo, la ignorancia y aún cierto fanatismo cívico disfrazado de solemnidad habían convertido en un enorme y complejo nudo y en saetas políticas desde cuando menos 1836. Los datos necesarios para el análisis, los elementos indispensables para desatar la trama ciega del secreto de las reliquias de los beneméritos héroes, quedan a la mano del lector común.

Los protocolos de cada uno de los pasos a seguir, desde la revisión documental y la descripción de cada una de las urnas que salieron de la Columna de la Independencia hacia el laboratorio en el Castillo de Chapultepec, hasta el uso de los rayos X para explorar los contenidos, fueron las primeras tareas antes de abrir los relicarios. Se verificaron peso, calidad, estado de conservación de los materiales visibles en

primera instancia; se estudiaron los sistemas de cerraduras y los materiales de factura de cajas y urnas, todo debidamente documentado con la metodología a que urge toda revisión científica.

Las urnas abiertas por los especialistas descubrieron mucho más que lo que los ojos profanos habían descrito desde el siglo XIX; lo que para los ajenos —y me incluyo, por supuesto— serían huesos y dientes sueltos, pelo y telas, suelas de zapato y fragmentos degradados, recubiertos apenas por una suerte de artículo de fe para imaginar “lo que debían ser”, todo ello con el infundible color de tierra y marcado por los efectos de viejas humedades, para los antropólogos y restauradores se revelaba como un dato imprescindible para la recomposición de esqueletos y conservación de objetos pretéritos. Así, en el segundo tomo cambian las funciones calificadoras de los adjetivos: los pedazos de huesos dejan de ser jirones en busca de dueño para desdoblarse en “tejidos mineralizados constituidos por biominerales con una matriz orgánica”; los resabios del descuido ancestral e irresponsable se traducen en fosfatos de calcio y células especializadas con matriz y elementos matriciales, carbonatos, sodio y otros minerales... La medición de cada hueso, la tafonomía y la descripción de los rasgos métricos de los esqueletos encontrados en cada una de las urnas, el descubrimiento de los procesos patológicos de cada individuo y el inventario general de los huesos da así cuerpo al trabajo de los antropólogos físicos. Pero no se trata sólo de jerga científica, sino de

la necesaria densidad de un lenguaje que es vía firme hacia la certeza de la ciencia —ese camino que ineluctablemente ha separado a la simple conjetura del conocimiento de la realidad factual. De paso, varios supuestos señalados en el nudo documental que desbrozó Saucedo en el primer tomo se confrontan con los exámenes químicos, con peritajes forenses y con las pruebas de laboratorio. Estos restos físicos se explican sin apelación razonable con las reglas del mundo físico.

Remineralizar dientes y huesos, consolidar químicamente los restos orgánicos, desinfectarlos y limpiarlos con métodos de profilaxis, buscar especificidades en los huesos, entre otras labores, antecedió al rearmado posible de esqueletos, con la clara diferenciación entre aquellos que murieron después de terminada la guerra de Independencia. De todo esto dan cuenta los ensayos de Lilia Rivero sobre la conservación de los restos óseos, urnas y elementos asociados; de Luisa Mainou sobre la intervención y profilaxis para conservación de los restos óseos; de María Judith Gómez González sobre el material textil de las urnas; de Sara Fernández sobre la conservación de los documentos gráficos que se encontraron dentro de las urnas; de Marta Salmón sobre la conservación especializada de las mismas urnas. Los trabajos de antropología física llevan la autoría de José Antonio Pompa y Padilla, Jorge Arturo Talavera y Nancy Géllover Alfaro. Este trabajo en su conjunto tiene la función de aclarar puntos, de explicar los resultados de los estudios de la antropología física y de la historiografía en torno

a las reliquias patrias para regresar las ideas políticas constructoras de la nación a la realidad mortal.

Permítaseme, para terminar, una reflexión personal, de simple lector curioso. El libro que aquí se presenta no pretende levantar polémica ni sobre la identidad de los huesos —por más que sí logró despertar fantasías modernas— ni sobre la pertinencia de vivir el patriotismo como desdoblamiento de religiosidades elementales, de rituales más o menos necrofilicos en torno al culto a los muertos o el coleccionismo de huesos y otras reliquias. Tampoco, finalmente, para poner en relieve que todos los debates de hoy en torno al asunto de los héroes como motores de la historia no es más una herencia romántica que tal vez parecerá absurda dentro de pocas generaciones. El libro se abre con transparencia a poner en claro un largo proceso y de las labores de preservación material de huesos y urnas; pero en mi caso no evita un incierto estado de ánimo.

Y creo que ese sentimiento de desasosiego tiene explicación si se desata el último tramo del nudo. Peter Manseau propone una conclusión a su análisis sobre huesos prodigiosos: afirmó que el culto a las reliquias es, después de todo, “un lugar construido no sólo sobre tierras pantanosas, sino sobre la memoria, y la memoria es lo que creó las reliquias en el mundo.” Pues es la memoria lo que está en juego. No únicamente ese instrumento maravilloso pero falaz —como la describiera Primo Levi— que nos permite arreglar el pasado con el olvido como arma, sino sobre todo el portentoso artificio que transpor-

ta una idea de la historia desde los objetos quietos a la actividad política. Es la memoria la que nos da lugar, en lo personal y en lo colectivo, en la naturaleza de las cosas; pone a nuestra disposición el inventario del mundo, presente y pasado.

Me ha tocado en suerte atestiguar, con mirada de soslayo, las polémicas muchas veces agrias acerca de la pertinencia del culto a las reliquias y su relación con la memoria y la historia. Sin variar, todas esas veces han mostrado ser un verdadero nudo de imagería, devoción, fantasía y no pocas veces también, con poca fortuna, la simple y llana búsqueda de la verdad. Pero los polemistas se hieren sin acatar la primordial regla de que los discursos científicos poco se avienen con los prejuicios. Estos dos tomos sobre los restos de los héroes resguardados en la columna de la Independencia, de manera fría, con su discurso narrativo, tendrán que enfrentar a sus lectores. El propósito es nutrirlos de datos duros que provienen de la historiografía, de la antropología física, de la medicina forense y de la química. Insisto, el libro no es polémico sino que procura ser instrumento cabal de conocimiento de una historia apasionada: su finalidad es desatar el nudo de prejuicios y descuidos. Como lector, tengo por supuesto un punto de vista: no confundo la veneración a los objetos con mi amor por la singularidad de la historia mexicana, sentimiento que bien definió Edmundo O Gorman para el caso de los historiadores.

Y como ser humano me adhiero a una idea que creo interpretar de Pascal Quignard cuando buscó en

la música el humus básico de su ser en el mundo; escribió: “Había imaginado un ardid para renunciar a hacer de la huella un destino. La tesis que defendía mal que bien consistía en pensar que apoyándose sobre algo mucho más antiguo que la Historia era posible sustraerse un poco a la repetición compulsiva de su pasado”. Y yo agregó que la vida misma es mucho más antigua que la historia; dejar que transcurra con las reglas de la biología sería la fórmula que nos aleje del riesgo de la reiteración de pleitos viejos y de los abusos de adelantar el último juicio antes del final de los tiempos. En este sentido, la universal consigna de dejar descansar a los muertos sería algo más que un lugar común: se trataría de respetar los ritmos de la vida, aceptar el movimiento que debe llevar a los dueños de huesos y despojos, como espero me llevará a mí, que como todos soy suma de elementos orgánicos, a volver pacíficamente al polvo esencial. Pero no somos pura biología.

Vivimos el teatro de la memoria. Lo mismo recupera que inventa, recuerda y deja ir. También sé que no hay que vivir con la historia a cuestas, ni regañar a los muertos para ajustarles cuentas a los vivos; hay que hacerlo con convicción.

Y entre todo ello, tener presente que lo realmente valioso de las reliquias es lo que significan: un conjunto de ideas que en su momento fueron voces fuertes en cuerpos vivos; afirmadas en la memoria, esas ideas y los restos que las recuerdan han dado sentido a las vidas de hombres y mujeres que desde hace casi dos siglos las miran y respetan con fervor y lealtad.